

## Jóvenes en el monasterio

*En los límites de la provincia de Orense con las de Lugo y Pontevedra, en una pequeña planicie y dentro de un angosto y profundo valle, se encuentra el monasterio de Santa María de Osera u Oseira. “El Escorial gallego”, como llaman al monasterio cisterciense, nació en el siglo XII y, desde entonces, la santidad y la ciencia florecieron dentro de sus claustros hasta las leyes desamortizadoras de 1835. El abandono y el saqueo pretendieron desdibujar una historia que renace, casi de las cenizas, en el año 1929. Una pequeña comunidad de monjes, con amor, primor y esfuerzo, ha conseguido reconstruir esta joya arquitectónica con exquisita fidelidad al pasado... (los trabajos han merecido el Premio Europa Nostra, que la Reina les entregó recientemente). Pero MJ no se acercó a Oseira para fotografiar maravillosas fachadas almohadilladas, estructuras románicas, columnas estriadas a capricho, patios de “pináculos” o “medallones” o escaleras regias —aunque de todo eso y más encontramos por allí—; MJ quería recoger el testimonio de la vida de tres jóvenes que recientemente habían optado por ser, hoy y así como suena, monjes cistercienses. Estas son las narraciones con que Baltasar, José Carlos y Jesús —sus nombres— no explican el por qué y cómo de su elección.*

---

**JOSE CARLOS MATO**, tiene 19 años. Estudiaba en Santiago de Compostela. Leyó detenidamente el libro de *André Louf, El camino cisterciense*. Sus inquietudes encontraron horizontes nuevos... Ahora, ya en el monasterio, cuando nos entrega su *carta*, insiste en recomendar el texto de Louf para conocer cómo es y funciona un monasterio cisterciense.

---

Querido amigo:

Allá te va mi saludo y contestación. Me decías, voy directamente a la insistencia de aquella carta, que estoy loco por haber ingresado en un monasterio cisterciense a mis 19 años. Sigues, después, contándome lo bien que lo pasas con tus amiguetes, vuestras diversiones y juergas... Al final insistías en que yo también tenía que disfrutar de la vida como vosotros, “deja lo de ser monje —son tus palabras— al menos por ahora, ya volverás a pensarlo cuando seas viejo”.

No te contesté nada hasta hoy. En aquel momento no sabía cómo contarte lo que empezaba a sentir. Ahora, después de unos meses de Oseira ya casi me atrevo a intentar una respuesta. Aún conozco poco de la vida en el monasterio como monje, pero sí puedo decirte lo primero que siento: ¡estoy bien, me siento feliz, esto parece que puede llenarme!

El monje —y los que venimos al monasterio para serlo— cree que es posible una respuesta radical (y diversa de las habituales) ante la experiencia del encuentro con “el Ser que nos ama a todas las horas”, ante Dios. Te aseguro que cuando le empiezas a conocer, cuando eres capaz de reconocer su rostro en el de los hombres, en el tuyo... eres capaz de venir a un monasterio y quedarte. A partir de aquí ya no sabría explicarte del todo el por qué. Sólo sé de la gran felicidad que se experimenta cuando un joven sabe responder a la llamada de Dios: El no te quiere distinto, sino como eres, con tu juventud y alegría, todo orientado hacia los demás desde y en El.

Me siento feliz, a pesar —no sé si es la expresión— de la extrema sencillez de la vida monacal (que puede ser lo que más me cueste reconocer, como recién llegado). Así que te tengo que repetir que no estoy perdiendo el tiempo, incluso —si no te ríes— te diría que he empezado a trabajar para la eternidad, para ser siempre joven en el ofrecer mi juventud a

Dios. Que conste que si hay algo despreciable para el mundo, pienso, y para un monasterio es el orgullo disfrazado de humildad. Nada más lejos de mi intención. La humildad, por otra parte, es la única puerta para entrar definitivamente en la vida monacal.

Termino. Recuerda que tú también puedes construir algo diverso si eres capaz de reconocer en tu vida diaria que hay *alguien* que te está amando a todas las horas. Recuerda que el cristiano que se lanza a la búsqueda de Dios no quedará defraudado en el empeño.

Un abrazo de tu amigo José Carlos.

---

**BALTASAR**, era catedrático de filosofía en un Instituto. Las tareas educativas, el contacto con los jóvenes y la propia realidad de la filosofía fueron acercándole a descubrir “lejanías que estaban muy cerca”. Un buen día dejó todo y...

---

Entre las pasiones que recorren nuestros días, quizá sea la pasión de viajar una de las más representativas y, por supuesto, de las más atractivas para los jóvenes. Si pensamos un poco sobre esta *pasión*, uno se da cuenta de que no se viaja por estrenar el avión que no conocíamos, menos por el barco, el tren o el coche. No viajamos, evidentemente, para eso. Los viajes nos hablan de lejanía; el viaje es siempre *una lejanía*, un horizonte que se quiere conquistar para nuestra experiencia y, cosa extraña, cuando llegamos a ese lugar que nos atraía y llamaba ya estamos deseando más, nuevas lejanías.

¿Qué puede esconderse tras la pasión de viajes y lejanías? ¿Qué buscaremos, realmente, llenando la vida de tanto trajín? Si nos detenemos, si tratamos de leer *dentro* de lo que *nos pasa...* entrevemos lo que de verdad andamos buscando: ¡nos buscamos!, la lejanía no conseguida somos nosotros mismos. Ese algo que nos falta, ese vacío..., camina con nosotros, ningún viaje puede hacerlo desaparecer y los rellenos momentáneos no apagan la inquietud que el vacío produce. Por aquí andan algunas razones de gustos juveniles e intentos baldíos de buscar, por lejanías o en vértigos nuevos, lo que está tan cerca: uno mismo con... un enorme vacío.

Pasan los años. El joven de ayer se encuentra —me encuentro— con el mismo problema de siempre: las cosas ni bastan ni llenan. Revisas el almacenaje y persiste una especie de fondo que ni la belleza, ni la ciencia, ni siquiera el amor logran completar. Llegan los cuarenta —mis años— viene la llamada “crisis de la mitad de la vida” o crisis de vacío (¡otra vez la palabra!) de sentido de la vida. Tras probarlo casi todo, haber hecho tantas cosas... miras con vista cansada y sigues con la insatisfacción que pensaste superar al probar aquello o hacer lo otro.

El breve relato ahora tiene que personalizarse. No puedo más que manifestar mi experiencia y, ¡ojalá!, tratar de convertirla en testimonio de lo que expreso como testigo. Creo que mi hueco, mi vacío, Dios lo había diseñado para sí mismo. Y... aquí me encuentro, en Oseira, intentando dejar que El se sitúe. Un monje va poco a poco reconociendo y afirmando que sólo Dios es el sentido pleno de la vida. Pocos más datos se pueden ofrecer. Ahora, día a día, voy diciéndome —y diciendo de vez en cuando, como ahora— con Sta. Teresa: “Nada de turbe, nada te espante. Todo se pasa, sólo Dios queda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta”.

He llegado hasta aquí tras años de vida con los jóvenes y tareas de enseñanza. En medio de todo, muchos viajes y excursiones compartidos con ellos. Y... una vez fue hacer a pie el Camino de Santiago. Nos dieron alojamiento en el Monasterio Benedictino de Samos (Lugo). Volví como huésped en unas vacaciones e hice lo mismo en Oseira. Ahora me doy cuenta que asomarse a la vida monástica desde las ventanas de una hospedería no permite contemplar el verdadero paisaje. Tras mi apuesta por hacerme cisterciense, dejé trabajo, casa, familia, amigos y... empecé a darme cuenta que ese vacío con el que os estoy dando tanta lata

no se llena con venir a un lugar, a un monasterio. Dentro me esperaba —por aquí ando— el duro camino para preparar y hacer habitable la casa de mi corazón. Hay mucha escombrera que tirar fuera. Y más: llevo conmigo una especie de segundo yo (raíz de egoísmos, orgullos, etc.) que no sé cómo hacer desaparecer...

---

**JESUS CAMPOS**, tras años de un serio trabajo profesional, dirigía una Escuela de Peluquería y, al mismo tiempo, era propietario de varias peluquerías para señoras. Es el último llegado a Oseira. En el patio de entrada al monasterio todavía está aparcado un flamante coche. “Es de Suso”, nos dicen, y él añade el “*era*”. Pronto vendrán a recogerlo. Jesús, Suso, lo ha dejado todo porque ha encontrado lo fundamental y ya no necesita mucho equipaje para caminar.

---

Fue hacia los 19 años cuando empecé a descubrir quién era Jesús de Nazaret. Todo se inicio en un Cursillo de Cristiandad. Tras unos cuantos años me he decidido a entrar en la vida monástica. ¿Por qué? Creo, en principio y para ser sincero, que estoy viviendo la experiencia de no ser yo el que ha elegido, sino que *alguien* me ha elegido. Hace años que venía a pasar la Semana Santa en este Monasterio de Oseira. Después comencé a venir también en otras épocas. Tenía claro que *de monje nada* y, por otra parte y como seglar, sí debía comprometerme cristianamente. Todo así hasta la Semana Santa del ‘89: aquel Cristo que yo iba cada día descubriendo mejor parecía indicarme, para mi sorpresa, que lo mío era ser monje. Me quedé confuso y, a la par, con una extraña alegría. Regresé a casa con un peso añadido y dudando que la pretendida voz de Dios fuera un mero deseo humano. El vivir cotidiano me iría convenciendo que Dios sólo ha querido tener rostro y palabras humanas y lo que a mi me decía —a través de las cosas sencillas de la vida diaria— estaba más o menos claro.

El pasado 20 de febrero comencé la prueba del mes en este monasterio. A los diez días me pareció que no necesitaba más *ensayo*, aunque agoté todo el tiempo. Creo que la última rapidez tenía la garantía de quienes me recordaban continuamente en sus oraciones. Ahora me siento feliz de poder disfrutar reconociendo que abandonándote del todo es como menos perdido te encuentras. Todas las experiencias de Dios son demasiado personales como para poderse transmitir con la fuerza que las sientes. Yo siento que me está pasando “algo grande”; ya desde las 4,30 de la mañana —cuando la comunidad inicia la alabanza a Dios— me siento como un *danzante* disponible para una fiesta donde siempre es acogido con ilusión.

Todo esto que apenas esbozo es sumamente sencillo: vivir la felicidad que nace de la experiencia de sentirse amado por Dios, sólo consiste en, por así decirlo, colocarse en la misma longitud de onda con que El emite. Lo demás es puesto por el monasterio como escuela de amor y servicio. Imagino que si todos los que estamos aquí no fuéramos *escolares*, el monasterio sería un nido de avispas bravas.

Podéis estar pensando que mis palabras son el fruto lógico de unos fervores primerizos. Sinceramente creo que no. Poco a poco he ido tratando de conocerme. He dejado, sin pena ni añoranza, la empresa que había logrado construir, el patrimonio que me hubiera permitido vivir holgadamente sin trabajar... y siento que no he hecho otra cosa que dejar carga inútil en la cuneta. Y, permitidme este modo de expresarme, más: no sólo no me he desprendido de algo necesario, sino que, en lugar de perder, he encontrado. No hay ningún *alucine* en lo que estáis leyendo: estoy contento caminando “ligero de equipaje” y dando gracias por poder leer páginas de la vida que imaginaba inexistentes. Poco es bastante para ser feliz.